

Jean Jacques Rousseau.—El Filósofo



PUES, señor, esto si que tiene bemoles. Queríamos despachar a Rousseau en un par de artículos y, a la fuerza, hemos de consagrarle cuatro y aún acaso nos vengan cortos, y tengamos que sumarlos con dos o tres más. Menos mal "que quien hace un cesto hace ciento, si le dan mimbres y tiempo". Y aunque de tiempo no andemos muy sobrados, los mimbres abundan que es una bendición.

De la vida de Rousseau se pueden escribir, no digo siete artículos, sino setecientos, y aun quedaría mucho por decir. ¡Pues, no es casi nada lo que la incredulidad y la "ciencia"—¡ajo Remigio!—han dicho y escrito del filósofo ginebrino!

El ser considerado como "autor", tenía para este filósofo un atractivo y una dulcedumbre sin límites. ¡Y cuantos Rousseaus hay por estos mundos filipinos, que a trueque de ver sus nombres figurar al pie de un "esperpento" literario-científico-filosófico, son capaces de dar lo que tienen de más santo y de más sagrado! Ahí está, sin ir más lejos, el amigo Aglipay—bueno; eso de amigo es una figura retórica, que el interesado no entiende, pues hace tiempo que olvidó las figuras y la retórica y se me figura que hasta casi el leer—que no vacila un momento en poner su firma en escritos destituidos de todo aquello que indica que los escribió un "hombre" y no un "paquidermo".

Sigamos, pues con los escritos y publicaciones del Padre de "Emilio y Eloísa".

La "Carta de D'Alembert," censura teatral, fué bien pronto seguida por la "Nueva Eloísa" (1761), por el "Contrato Social" (1762) y el "Emilio" (1762). La publicación de esta última obra le acarreó no pocos disgustos y trajo aparejados para su autor no pequeños sinsabores.

Debíamos, acaso, dar ahora un pequeño resumen de cada una de esas obras; pero lo dejaremos para más adelante; para cuando exponamos las ideas político-sociales del autor, en cada uno de esos libros. Por ahora sigamos con la enumeración de sus libros.

Los días que siguieron a su fuga de la Hermitage y que pasó oculto en Montmorency lo fueron de tranquilidad y sosiego. Pero era el de Rousseau un espíritu inquieto y revoltoso por naturaleza. Díjasele nacido para la lucha, para la contradicción, para las más ásperas y rudas peleas. Ya lo dice él en sus Confesiones. Era hombre que odiaba la sociedad, y que tenía el cerebro en continuo tumulto y en revolución perpetua. Y cuando un entendimiento está así, hasta los psiquiatras conceden, que en él no pueden reinar la paz y la tranquilidad necesarias para discurrir como Dios manda.

La tormenta se desencadenó furiosa contra el ginebrino a poco de dar este a la estampa su "Emilio". Este libro fué condenado por la Sorbona; y el Parlamento Francés ordenó que fuera quemado por mano del verdugo y ejecutor público.

Ante tamañas descargas, Rousseau hubo de tomar el camino del destierro otra vez, pues le hubiera sido difícil lo escapar y librarse de la cárcel. Y huyó hacia Suiza.

Mas, cádate que en la hermosa república helvética se encuentra con Voltaire, filósofo tan malo, por lo menos, como él. Y, como era natural, dados los caracteres de ambos, y lo que los dos buscaban con sus obras, que era la fama, no podían vivir juntos. Se estorbaban mutuamente.

Defensor Rousseau de un orden providenciista en el mundo y enemigo irreconciliable del teatro—especialmente en la republicana Ginebra—había escrito con acerada plu-

ma críticas mordaces y sangrientas contra el patriarca de Ferney; y este, que en cosas de sátira mordaz y sangrienta, y en ataques virulentos no era novicio, devolvióle la pelota al ginebrino. Ginebra se inclinó del lado de Voltaire, y siguiendo los pasos de París condenó las obras del que antes había sido su idolo.

Huyó de Ginebra a Motiers, donde el Rey de Prusia, amparador de todos los vagabundos y de todos los desterrados por su mala vida y sus doctrinas deletéreas, lo recibió y amparó. Nuevas disputas con sus paisanos, las violencias de la plebe, las acusaciones de las personas decentes y un folleto envenenado de Voltaire le obligaron a salir una vez más de su destierro.

Refugióse en una isla en el lago de Benne, para ser luego despedido de allí por las autoridades de Berna.

Animado por Hume "el buen David", como le llamó Rousseau, trasladose a Londres.

Y en Londres lo dejaremos preparando, en su retiro de Wotton, en el parque de Derbyshire, el primero de los cinco libros de sus famosas "Confesiones".

En ese libro puso el filósofo francés toda la sinceridad de su alma, o toda la farruquería de su carácter de misántropo, o toda la desvengüenza de su cinismo sin límites. El lector puede escoger de esos extremos el que más le plazca. Nosotros nos quedamos con el último. Más que sinceridad vemos en las Confesiones un cinismo sin igual, y un ansia iliminada de llamar la atención. ¡En ésto se le parecen nuestros Vicentes y Remigios!

Poco tiempo llevaba en Inglaterra, disfrutando de la acogida y de la generosidad de Hume "le bon David"—cuando se enteró, o hizo que se enteraba, de que su protector había entrado en formidable triunvirato con D'Alembert y Voltaire para despretigiarle, difamar su carácter y convertirlo ante la faz del mundo entero en un ser digno de desprecio. ¡Señores! ¡Y cuanta miseria y bajeza de corazón se descubre en todos esos hombres, que hoy nos quieren presentar nuestros Remigios como dechados y modelos de honradez y hombría de bien! ¡Da asco! Y mas asco aun dá, que, quienes no tuvieron ni el fósforo suficiente, ni el amor a las letras que se requiere para leer y entender las obras de estos, que más que hombres merecen el dictado de monstruos, se salgan por "peteneras", invocando sus nombres y enarbolando banderas, en las que está escrito el nombre de Libertad, con mayúscula y todo. ¿Qué libertad podrán defender en sus obras, quienes así se persiguen y calumnian mutuamente?

¡Ay! Remigios y Remigias. ¡Ay! Vicentes y Vicentas. Miraos en estos espejos de "honradez" y de hombría de bien. ¡Qué buen pelo nos va a lucir cuando nos hayáis a todos regenerado en las doctrinas salutíferas de "la ciencia" de Rousseau y de Voltaire!

Huyó de Inglaterra, como alma que lleva el diablo; ocultóse y vivió por un año en Trye-Chateau con nombre fingido, y tras de vagabundear de acá para allá, se refugió en París, donde completó sus "Confesiones".

Un tal Mr. de Girardin, de Ermpenonville le ofreció alojamiento, que aceptó gustoso y en la casa de Girardin murió el 2 de Julio del año 1778. Su muerte fué repentina, y aún hay quien dice, si fué suicidio. Nada tendría de sorprendente. Quiem mal anda, mal acaba.

Así terminó sus días este pobre y tristemente célebre escritor, al que no faltaba talento, y que fué ciertamente un gran escritor. Así terminarán cuantos malgastan los talentos, pocos o muchos, que Dios les dió en hacer la guerra a las doctrinas salvadoras de la Cruz.